

1. Colaboración docente e investigadora

ÁFRICA SURATLÁNTICA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL Y FRENTE A SU PROPIA REALIDAD

Director: Héctor Dupuy

Integrantes: Isabel Stanganelli, Martín Morgante, Juan Cruz Margueliche, Eduardo Venturo, Lorena Calo, Paola Dediego, Juan Martín Levis, Hilario Patronelli, Alejandro Costantino y Juan Santiago Maestri.

Un grupo de investigación del Departamento de Geografía de la Universidad Nacional de La Plata viene trabajando, en el marco del proyecto vigente y dentro de la problemática Sur-Sur, el presente trabajo se propone resignificar geopolíticamente a la región del Atlántico Sur. En tal sentido, resulta indispensable definir al África subsahariana y, más específicamente, a su frente suratlántico, tanto en lo que hace a su situación interna (social, económica, política, ambiental, cultural...) como a su relación con un mundo cada vez más globalizado y en transición hacia un escenario complejo y multipolar.

En este marco, África sufre el más grande retroceso de su economía, con el abandono de sus débiles avances planificadores para el desarrollo, la instalación de élites tecnocráticas repetidoras de las recetas de los organismos multilaterales de crédito y comercio –FMI, Banco Mundial, OMC-, y la retirada de muchas de las inversiones extranjeras directas ante la opción de mayores beneficios en otras regiones más competitivas.

Por otra parte, la situación en la que el impacto colonial y el posterior proceso de descolonización, condicionado por el mercado mundial, las antiguas metrópolis y la actual potencia hegemónica han dejado al continente negro en un nivel de preocupación extrema, tanto por las estructuras periféricas allí generadas como por las graves calamidades sociales y naturales que sufre en forma cotidiana. Nos proponemos aquí indagar en la hipótesis de Sylvie Brunel acerca de si la actual crisis africana representa un avance acelerado de su destrucción total o un indicio de su transición hacia un futuro esperanzador. Como los indicios más notorios parecen conducirnos hacia la primera de las respuestas, intentamos no sólo recordar las características de esa crisis, sino también avanzar en las características de su potencial, no sólo económico, sino también humano y político.

Para ello, analizamos, por un lado, las experiencias internas destinadas a afrontar la crisis y responder al desafío global y, por otro, las relaciones del continente negro con las actuales propuestas para una avanzada cooperación sur-sur y con sus principales protagonistas, las potencias emergentes.

Caracterización geopolítica actual. La nueva transición

La primera década del siglo XXI ha visto desarrollarse un fenómeno inédito en el mecanismo de la geopolítica mundial. Tras el auge de un orden geopolítico de confrontación, la Guerra Fría, se produce el desmoronamiento de la URSS y la deserción desordenada de sus aliados hacia el bando contrario, el mundo capitalista.

La potencia triunfante, los Estados Unidos, se encontraba en una situación económica complicada y con fuertes indicios de desprestigio entre sus aliados. A pesar de ello, anuncia haber asumido el papel hegemónico, concitando un apoyo inevitable, pero desarrollando la transición en el marco de una escalada de violencia inusitada.

Las avanzadas reformas introducidas a un modelo económico keynesiano en declive, caracterizadas por el auge de un ultraliberalismo y la citada impronta económico-tecnológica, produce una aceleración de los mecanismos comerciales del sistema financiero desembocando en una concentración exagerada de dichos valores y una serie de estallidos bursátiles apenas controlados, con consecuencias no resueltas y, en general, libradas a sus suerte.

En este marco y ya iniciado el nuevo siglo, se perfila un nuevo modelo desarrollado en Estados caracterizados hasta hace poco tiempo como periféricos o semiperiféricos, apoyado en experiencias particulares de cada uno de ellos y en una marcada tendencia a reinsertar a sus estructuras estatales en la toma de decisiones, la participación económico financiera y la búsqueda de soluciones a sus graves problemas sociales. Este modelo, sumamente pragmático, se va expandiendo en economías de diversas magnitudes y variada localización geográfica y en Estados y gobiernos de muy diferentes signos político-ideológicos. Los mismos están desarrollando una clara tendencia a impulsar acuerdos y consensos de tipo pacífico, basados en una cooperación con todos los países periféricos y en una propuesta macroeconómica multilateral.

A partir de esta muy apretada caracterización geopolítica, podemos realizar una diferenciación, basándonos en los aportes de Mariano Turzi (2011):

1) Por una parte, las denominadas “economías desarrolladas”, identificadas geográficamente con una serie de países del hemisferio norte, agrupados en la Tríada Estados Unidos, Europa Occidental (países centrales de la Unión Europea) y Japón, enfrentadas a sus respectivas crisis, mantienen su poderío económico, pero se ven claramente cuestionadas a escala mundial.

2) En sentido inverso a la decadencia del antiguo “Primer Mundo”, Estados con economías de relevancia se han posicionado como nuevas potencias, a partir de economías de crecimiento sostenido y de una mejora en las condiciones de vida de parte de su población, otrora sumida en el subdesarrollo. Se trata de los cuatro Estados del denominado BRIC: Brasil, Rusia, India y China.

3) Una cantidad mayor de países participa de algunas de esas condiciones, en particular las que hacen al crecimiento sostenido y las perspectivas a futuro. Sin embargo, no han alcanzado a sobresalir y están sufriendo más fuertemente la actual crisis mundial. Son las denominadas “economías emergentes”, visualizadas como ámbitos propicios para la inversión. Se trata de un conjunto mucho más heterogéneo que mantienen muchas de las características del subdesarrollo pero dan muestra de

dinamismo económico y participación estatal. Países tan variados como Sudáfrica, Turquía, Vietnam, Corea del Sur, Argentina, Irán, Tailandia, Colombia, México, entre otros, están en este grupo.

4) La gran masa de países pobres, y más empobrecidos recientemente, se encuentran fuera de estas precisiones. Han sido alcanzados de lleno por las recetas ultraliberales y han perdido aquellos avances muy lentos y dificultosos obtenidos mediante políticas de desarrollo a partir de las independencias y las ayudas de organismos internacionales. En su mayor parte, viven al amparo de la asistencia internacional para la atención de la escasa infraestructura social, bajo la economía depredadora de los grupos transnacionales y en manos de élites corruptas o ineficientes.

Este contexto nos permite trazar los bosquejos de una nueva transición geopolítica en la que se manifiesta una fuerte situación de crisis en las potencias dominantes, encabezadas por la hegemónica, aunque con un proceso de decadencia lento y, probablemente, de largo plazo, y un ascenso, también lento y dificultoso, de nuevas potencias que, por su propio pragmatismo, no se encuentran decididas a reemplazar a las salientes. Este escenario está flanqueado por una buena cantidad de Estados que exigen ser escuchados, a pesar de sus debilidades estructurales y coyunturales, y pueden encontrar, en las potencias emergentes sus portavoces, y por una masa de territorios paupérrimos y olvidados que siguen constituyendo centros potenciales de estallidos de alcance regional o mundial.

Esta nueva realidad ha generado una particular expectativa entre los países en otras épocas agrupados en el Tercer Mundo o Países del Sur. El desarrollo de posibles relaciones entre países del hemisferio que, a pesar de provenir todos de un contexto de subdesarrollo, presentan hoy distintos niveles económicos y ritmos de crecimiento, alienta la idea de una colaboración mucho más efectiva y equitativa que las que, hasta ahora, les ha significado su dependencia de los países del Norte. Vistas desde esta perspectiva, no sólo las realidades continentales o subcontinentales –África, las regiones asiáticas, América Latina- son centros de interés para estas nuevas experiencias Sur-Sur, sino también aquellas masas oceánicas, como el Atlántico Sur, el Índico o el Pacífico Sur, deben ser objeto de especial estudio.

En este marco, las condiciones estratégicas de unas potencias hegemónicas –la Tríada-, acosadas por la crisis, pero aún dominadoras de amplios sectores del planeta implican presencias militares que, día a día, parecen concitar cada vez mayor tensión en áreas complejas. Esto se visualiza en particular en regiones aledañas a algunas de las nuevas potencias, en particular en la periferia rusa (Cáucaso meridional, Ucrania-Crimea, etc.), lo cual nos lleva a preguntarnos por otras posibles regiones de tensión como el Cercano Oriente o regiones conflictivas del continente africano.

Si bien el principal factor de conflicto parece ser la continuidad de la agresividad estadounidense y sus aliados anglosajones (en especial el Reino Unido), no se debe perder de vista el acompañamiento parcial de aliados condicionales, como países de Europa occidental. Entre ellos, Francia, se ha venido manifestando como un verdadero agente disciplinador y de presencia bélica en África.

Relaciones Sur-Sur. Nuevos mecanismos participativos

Con respecto a la estrategia planteada por las nuevas potencias y demás economías emergentes, se ha venido planteando un verdadero sistema de cooperación entre países del sur, basado en relaciones comerciales, diplomáticas, de cooperación tecnológica, de observación y control del medio ambiente, de defensa común, de vinculación y compatibilización cultural, así como propuestas de cumbres intercontinentales y estructuras informales minilaterales.

En primer lugar, existen los mecanismos tradicionales; relaciones diplomáticas y acuerdos bilaterales que permiten activar o revitalizar, según los casos, intercambios comerciales, acuerdos de cooperación técnica, profesional, incluso universitaria, mecanismos para instalación de empresas o aportes financieros en capital o créditos para la concreción de planes de desarrollo, etc. Teniendo en cuenta las asimetrías lógicas entre países diferentes, estos mecanismos se llevan a cabo, por lo general, como formas de ayuda de un país más desarrollado hacia otro en inferioridad de condiciones, generando situaciones de dependencia, imposición de pautas de mercado, inclusive presiones políticas. En las relaciones entre economías emergentes, en particular las potencias nuevas, y los Estados más desfavorecidos, estas situaciones no son ajenas. Sin embargo, el hecho de que las potencias emergentes están en plena expansión y manifiestan políticas muy diferenciadas de las tradicionales, no permite, al menos hasta ahora, vislumbrar acciones expansionistas como las desarrolladas durante los siglos XIX y XX. Sí podemos identificar el establecimiento de áreas de influencia (por ejemplo, China en África o el Sureste Asiático) a partir de campañas inversionistas o ayudas tecnológicas. Sin embargo, la existencia de varias potencias, más o menos equivalentes, producen inevitables superposiciones que son salvadas mediante acuerdos conjuntos

En una segunda instancia, es necesario destacar el desarrollo de grupos regionales, inspirados en el proceso de integración europeo, que han realizado experiencias muy variadas, desde simples áreas de libre comercio hasta complejos intentos para el desarrollo de mercados comunes (MERCOSUR, CARICOM, MCCA, ECOWAS, Mercado Común Árabe). Los intentos integracionistas representan diversos imaginarios utópicos, se asientan en procesos vinculados a las formas competitivas ultraliberales y resurgen de las nuevas economías emergentes. Han demostrado ser más eficaces para impulsar procesos políticos cooperativos que para lograr formas avanzadas de integración económica capitalista.

Una nueva perspectiva está representada por el aumento de actores en los foros de debate sobre problemáticas globales. Mientras las décadas de 1980 y 1990 se caracterizaron por los debates mundiales protagonizados por escasos actores (Consejo de Seguridad de la ONU, Trilateral Commission, Foro Económico de Davos, G-7 o Grupo de las siete naciones más industrializadas), en los cuales se discutían temas que alcanzaban a todos los países del planeta, como la desocupación o el hambre, las experiencias paralelas de grupos de contrapoder (Foro Social de Porto Alegre, concentraciones de movimientos anti y luego alterglobalización) o las “contracumbres” (paralela a la Cumbre de las Américas de Mar del Plata, 2005)

permitieron la instalación de una lógica participativa y deliberativa que llevó a las propias potencias a convocar a algunos de los países emergentes para que funcionaran como representantes o “voceros” del resto. Así se llegó a la conformación de un G-20 (G-7 ampliado), paralelo al cual se desarrolló un G-77, donde se reunieron los emergentes convocados con una buena parte de los excluidos, reeditando, en cierta manera el Movimiento NOAL (No Alineados) de la época de la Guerra Fría. Es cierto que estas experiencias, así como las cumbres ambientales, en las cuales están presentes los máximos dirigentes de cada Estado, si bien implican formas participación masiva, no resultan muy eficaces a la hora de tomar decisiones. Sus amplias agendas quedan, por lo general, inconclusas e indefinidas, sirviendo más que nada para dejar sentadas determinadas posiciones, sin consecuencias directas de relevancia. Un caso particular de reuniones cumbre que fructificaron notablemente fueron las realizadas por los líderes sudamericanos que desembocaron en la creación de una organización, la UNASUR (Unión de Naciones de Suramérica) que ya ha dado muestras de acción rápida ante situaciones críticas y de impulso a iniciativas regionales de relevancia.

Por último y para avanzar en decisiones más efectivas, los Estados con mayor protagonismo han optado por la realización de encuentros y contactos más reducidos, conocidos como un minilateralismo, con menor cantidad de actores, más apto para lograr una mayor eficacia diplomático-económica (Danglin.2012). El caso más acabado es el del grupo BRIC, que reúne a las denominadas potencias emergentes para debatir soluciones a los problemas globales y compartir y compatibilizar sus experiencias político-económicas.

Otro caso de importancia que involucra al continente negro es el denominado Foro IBSA, que incluye a tres nuevas potencias transcontinentales: India, Brasil y Sudáfrica, lo cual da muestra del avance sudafricano en la integración con Estados del Tercer Mundo.

De una manera u otra, la participación masiva de las naciones en este tipo de eventos es una de las formas prácticas de ejercer un multilateralismo informal que implique acelerar la transición geopolítica hacia un sistema más participativo.

Nuestra región en estudio: El África suratlántica

Para avanzar en el estudio propuesto, hemos definido un área denominada frente suratlántico africano, que se extiende desde el cabo Verde hasta el cabo de las Agujas, en el extremo sur del continente. Los Estados integrantes del área pertenecen a la denominada África subsahariana, con una serie de características comunes, pero ubicados en regiones bastante diferenciadas.

- 1.- África austral (frente suratlántico): Angola, Namibia y Sudáfrica
- 2.- África ecuatorial (frente suratlántico): Cabinda (Angola), Camerún, Rep. del Congo, RD del Congo, Gabón, Guinea Ecuatorial y Santo Tomé y Príncipe

3.- África Occidental (Costa de Guinea): Benin, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea-Bissau, Liberia, Nigeria, Senegal, Sierra Leona y Togo

El África suratlántica

Algunas de sus características regionales, que pueden identificarse en el cuadro siguiente, nos aproximan a la idea de un área predominantemente subdesarrollada, pero con importantes asimetrías.

Los Estados del África suratlántica en números

	Superficie (km ²)	Población (mil hab.)	Crecim. pobl. (%)	Crecim. PIB (%)	PIB/cap (U\$S)
Angola	1.246.700	19.088	2,78	5,6	6.300
Benin	112.622	10.160	2,81	5,0	1.600
Camerún	475.440	23.131	2,60	4,6	2.400
Congo Rep.	342.000	4.662	1,94	5,8	4.800
Congo RD	2.344.858	77.434	2,50	6,2	400
C. de Marfil	322.463	22.849	1,96	8,0	1.800
Gabón	267.667	1.673	1,94	6,6	19.200
Gambia	11.295	1.926	2,23	6,4	2.000
Ghana	238.533	25.758	2,19	7,9	3.500
Guinea	245.857	11.474	2,63	2,9	1.100
Guinea-Bissau	36.125	1.693	1,93	3,5	1.200
Guinea Ecuat.	28.051	722	2,54	-1,5	25.700
Liberia	111.369	4.092	2,52	8,1	700
Namibia	824.292	2.198	0,67	4,4	8.200
Nigeria	923.768	177.156	2,47	6,2	2.800
Sto. Tomé y P.	964	190	1,89	4,5	2.200
Senegal	196.722	13.636	2,48	4,0	2.100
Sierra Leona	71.740	5.744	2,33	13,3	1.400
Sudáfrica	1.219.090	48.376	-0,48	2,0	11.500
Togo	56.785	7.351	2,71	5,5	1.100

Fuente: CIA "The World Factbook". Consultado el 8 de agosto de 2012 en <https://www.cia.gov/library/publications/the-worldfactbook/geos/wa.html>

De este simple ejercicio estadístico se puede deducir la importancia alcanzada por dos de los Estados miembros, Sudáfrica y Nigeria, identificados por Sylvie Brunel como "polos estructurantes" del África subsahariana (Brunel, 2004: 22-23). Sus magnitudes territoriales, demográficas y económicas son incontrastables para alejarlas del contexto africano. Sin embargo, los otros estados tampoco presentan un carácter tan homogéneo como parecería indicar el carácter periférico con el que se los caracteriza.

De esta manera, la propia Brunel nos indica la existencia de diferencias que se apoyan en los procesos más o menos recientes que los mismos están transitando. Por una parte, Estados con economías emergentes y ascendentes potencias secundarias constituirían un conjunto vinculado al imaginario de verdaderos "leones africanos" (parafraseando los ya muy conocidos "tigres asiáticos"). En este conjunto se destacan principalmente la pequeña isla de Mauricio junto con la pujante y organizada Botswana, la tradicional Kenia y la paradójica Zimbabwe, todas afuera de la región en

estudio. Pero también se pueden identificar los atlánticos Costa de Marfil, Ghana, Angola y hasta la propia Namibia, mucho más demorados en números y posibilidades, pero con suficientes recursos en hidrocarburos u otros minerales como para identificarlos entre destinos de inversiones, a pesar de su inestabilidad política.

Otros se encuentran más claramente entre los marginados. Es el caso de Guinea-Bissau, Togo o Benin, los cuales, más allá de sus aspiraciones extractivas, no han concitado la atención de los mercados financieros y se encuentran sumidos en la pobreza subsistiendo gracias a la ayuda humanitaria internacional.

Así, nuestra región en estudio participa, junto con el resto de África, de la definición de Brunel, según la cual en ella subsisten dos visiones, tan válidas una como la otra: la de un “África que se hunde” y la de un “África que resiste”, destacando que “...sería tan erróneo presentar a África como un ejemplo de modernidad y de adaptación, de insistir maravillados en sus mutaciones, como encerrarla en una visión pesimista y negativa, viendo nada más que hambrunas, miseria, violencia, guerras y sida.” (Brunel,2004: 13).

La historia y la geografía política podrían explicarnos parte de este dilema: África se encuentra atrapada entre tres visiones político-espaciales derivadas de la construcción geopolítica colonial: una descolonización inacabada, un mapa político apoyado en la imagen del Estado-nación y la subsistencia de un mapa étnico, siempre vigente.

La versión completa de esta investigación –aún en curso- se encuentra en: <http://jornadasgeografia.fahce.unlp.edu.ar/xvi-jornadas/actas/a05.pdf>